

PANORAMA DEL ASIA ORIENTAL

(IV)

TAILANDIA (3.º: 1970-1974)

El problema Meo

Al iniciarse 1970, Tailandia se encontraba sumida en una verdadera guerra civil contra el movimiento comunista. Cuatro provincias del norte del país (Loei, Nan, Petchabun y Phitsanulok) habían quedado transformadas prácticamente en campo de batalla. Las fuerzas gubernamentales se enfrentaban allí a unas poblaciones tribales, dirigidas por los comunistas, alzadas en armas para conseguir, entre otros fines, la creación de un Estado independiente.

Este era el objetivo que había lanzado al combate a los rebeldes meos que luchaban en esas provincias y que durante los últimos tres años habían conseguido sustraer al control gubernamental amplias comarcas boscosas en las que habían establecido su propia administración. Los meos poseían armamento moderno, recibido a través de China, en particular fusiles soviéticos «AK-47». Desde las zonas que controlaban iniciaban constantes operaciones de asesinatos y emboscadas contra las tropas realistas y los elementos adictos al Gobierno de Bangkok.

El Gobierno real se hallaba ante la obligación de combatir el movimiento guerrillero y mantener la integridad del reino, gravemente amenazada si los meos conseguían crear un Estado independiente. A finales de diciembre de 1968 el ministro del Interior, general Praphas, ya había denunciado esa pretensión de los rebeldes diciendo que «la conspiración Meo ha sido fomentada por los comunistas del exterior y dirigida desde su cuartel general de Laos. Los comunistas han intentado, sin éxito, atraerse a los tres millones de miembros de la comunidad china de Tailandia. En vista de ello se han volcado hacia los meos, entrenando a sus jóvenes en la provincia china de Yunnan, así como en Vietnam del Norte y en el territorio controlado por el Pathet Lao, con el fin de crear un Estado Meo independiente». La acción pro-

pagandista subversiva se había concentrado asimismo sobre otros grupos minoritarios, como los yao, consiguiendo ampliar la base guerrillera.

Bangkok no estaba dispuesto a regatear medios para combatir este movimiento separatista. Hacía dos años que había reforzado las tropas gubernamentales destacadas en el norte de Tailandia. Los cazabombarderos y los tanques exploraban incesantemente el territorio para socorrer a los poblados atacados por las bandas insurgentes. En enero de 1969 se llegó incluso a emplear el napalm contra los comandos que operaban en las provincias septentrionales que hemos mencionado. También se había procedido a trasladar las familias meos que habitaban las aldeas montañosas para evitar que ayudasen a los rebeldes.

El problema no resultaba fácil de resolver porque los meos constituyen un grupo étnico que trasciende las fronteras de Tailandia, ya que habita también en Birmania, Vietnam y Laos. El norte de Tailandia está habitado por siete grupos étnicos diferentes, bastante importantes, y media docena de pequeñas tribus. En total, 250.000 almas. Los más numerosos de ellos, los karem, se han acostumbrado a la Administración tailandesa y no plantean problemas al Gobierno de Bangkok. Por el contrario, los meos —que forman el segundo grupo en importancia numérica—, que en Tailandia son unos 60.000, han estado siempre en conflicto con las autoridades del reino. Procedentes de China llegaron al norte del país hace menos de un siglo y se instalaron en las cumbres montañosas para dedicarse principalmente al cultivo de la adormidera. Cuando las autoridades de Bangkok decidieron prohibir este cultivo y el tráfico de opio, los meos se irritaron profundamente rebelándose contra el Gobierno real. La construcción de carreteras para hacer accesible esa región, de quebrada orografía, exacerbó la animosidad de los meos, que estaban habituados a mantenerse aislados en sus montañas y en los bosques. La decisión gubernamental de construir una carretera entre Mae-Sot y Umphang, junto a la frontera birmana, exasperó a millares de meos, cuyos campos de adormideras quedaban cortados por el trazado de la nueva vía. Con la extensión de las comunicaciones llegaban a las zonas montañosas nuevas gentes procedentes de la llanura y se instalaban funcionarios gubernamentales para vigilar la aplicación de las leyes tailandesas, muy distintas a las consuetudinarias de los meos. Todo esto fomentaba el descontento de los meos, que deseaban conservar los territorios que ocupaban sin mezcla de otras poblaciones tai. La irritación fue sabiamente explotada por los comunistas, que incitaron al grupo meo a al-

zarse en armas para crear un Estado independiente en el que conservasen su peculiar modo de vida.

En noviembre de 1968 los incidentes esporádicos se habían transformado en una verdadera insurrección, cuyas proporciones aumentaban a medida que se hacían más duras e indiscriminadas las acciones gubernamentales. El propio rey Bhumibol advertía, a mediados de 1969: «hay pocos meos rojos; si cometemos errores toda la tribu meo se hará roja y causará más tarde incesantes turbulencias». A los miles de meos que habían sido trasladados a centros de reagrupación lejos de sus residencias se les distribuían tierras, pero no llegaban a adaptarse a la vida en las llanuras y, además, los comandos asaltaban con frecuencia tales centros.

Que la rebelión meo no había sido desarticulada lo demostraban las incesantes emboscadas y combates registrados desde 1970.

La guerrilla del Sur

En el sur de Tailandia, en la proximidad de la frontera con Malasia, operaban otros comandos comunistas no menos activos que los de las provincias septentrionales. Las provincias de Songkhla, Patthalung y Narathiwat eran el escenario preferido por tales guerrillas. En esas comarcas alejadas los comandos—calculados en mil o mil quinientos hombres, chinos en su mayoría—del partido comunista malasio (PCM), dirigido por Chin Peng, actuaban al abrigo de los bosques montañosos del sur tailandés, en donde reside una fuerte minoría musulmana, alrededor de un millón de personas, cuyas relaciones con Bangkok no han sido siempre buenas, por lo que los guerrilleros encontraban facilidades en el seno de la población que ocupaba esos parajes, a los que se retiraron los guerrilleros al final de la «emergencia» desarrollada en Malasia durante los años 1948 al 1960.

Durante dos años las tropas tailandesas habían descubierto en la región fronteriza hasta sesenta campos abandonados, almacenes de

1 Entre ellos el del 25 de enero de 1970 en la provincia de Nan, en que 30 guerrilleros hicieron frente a las tropas que dieron muerte a 20 de los atacantes; el 29 de enero, en Maesod, los guerrilleros Meos hirieron gravemente a un soldado; el 23 de febrero, en la provincia de Tak, dos compañías de paracaidistas pusieron fuera de combate a «un importante grupo» de guerrilleros Meos; el 23 de marzo, la policía daba muerte a cinco Meos durante un encuentro que duró una hora «en las colinas del norte del país»; el 23 de abril resultaban muertos 10 guerrilleros en Ban Laona, corriendo igual suerte cuatro militares gubernamentales; el 29 de marzo los guerrilleros tendían una emboscada a un convoy de trabajadores que construía una carretera en las inmediaciones de la frontera de Laos matando a nueve soldados y tres trabajadores; a mediados de abril de 1971, las fuerzas reales experimentaban el mayor revés sufrido desde el principio de la insurgencia: 30 soldados resultaban muertos en combate con los guerrilleros en la provincia de Chiang-Rai.

alimentos y viviendas. En abril de 1969, en la provincia de Narathiwat, fronteriza del Kelantan malasio, encontraron en uno de tales refugios algo inquietante: «La existencia de cocinas separadas confirmaba la presencia de musulmanes, probablemente dirigidos por Rashid Mohiden, en el seno del partido comunista malasio. Es quizá este hecho el que más preocupa al Gobierno de Bangkok y el que le ha determinado a una cooperación más estrecha con Kuala Lumpur en la lucha contra los insurgentes. Los comunistas malasios parecen haber hecho efectivamente un nuevo esfuerzo de reclutamiento entre las poblaciones de etnia malasia para dar un carácter multirracial más marcado a su movimiento. Por otra parte, la polarización en Malasia de la vida política alrededor de las comunidades raciales, y especialmente los éxitos electorales en mayo último de un partido de oposición abiertamente favorable a la formación de un Estado musulmán, pueden constituir a largo plazo un problema delicado para Bangkok en las relaciones con su minoría musulmana de origen malasio. Ese partido, el *Pan Malayan Islamic Party*, ha ganado las elecciones en el Estado fronterizo de Kelantan»².

Ante semejantes perspectivas, Bangkok enviaba refuerzos militares para erradicar a los guerrilleros del Sur del país en las doce provincias meridionales —nueve de las cuales estaban oficialmente consideradas como «infectadas por los comunistas»— y contener sus crecientes actividades, que producían elevado número de víctimas³.

Ya hemos señalado en el capítulo anterior⁴ las presiones ejercidas por Kuala Lumpur para conseguir del Gobierno de Bangkok una atención prioritaria a las actividades guerrilleras en el Sur, en las inmediaciones de la frontera malasia. El 1 de marzo de 1970 se registraba una victoria destacada al conseguir las tropas gubernamentales conquistar el campo «secreto» de Sadao —verdadera fortaleza guerrillera— donde cuatrocientos rebeldes resistieron durante dos días los asaltos de la policía y del ejército. El asalto final lo dieron trescientos hombres apoyados por aviación ligera y helicópteros. Cuando penetraron los soldados en la fortaleza los guerrilleros habían huido, llevándose muertos y heridos, por unos túneles excavados a lo largo de más de doscientos metros. Este campo era el cuartel general de To Kalim, adjunto directo

² JEAN-CLAUDE POMONTI, *Le Monde*, 4 diciembre 1969.

³ Entre otras acciones, en las dos últimas semanas de noviembre de 1969, nueve policías y un oficial superior tailandés habían muerto en dos emboscadas tendidas en las provincias de Songkhla y Patthalung. El 27 de julio de 1970, en otra emboscada, en Bang Sang, resultaron muertos tres policías. El 17 de diciembre de 1970 se registró un encuentro en el que fueron muertos tres guerrilleros.

⁴ JULIO COLA ALBERICH: «Panorama del Asia Oriental» (III), núm. 144 de esta REVISTA.

del dirigente supremo comunista Chin Peng. Desde ese centro neurálgico los guerrilleros venían llevando a cabo una intensa propaganda para sublevar a las poblaciones musulmanas locales contra las autoridades budistas tailandesas.

A pesar de éste y otros éxitos similares, el movimiento guerrillero sudista no quedaba aletargado, por lo que dos meses más tarde se asistía a otra operación de envergadura llevada a cabo por soldados tais y malayos en estrecha colaboración. El 1 de mayo de 1970 la aviación combinada de ambos países bombardeó durante dos días sucesivos dos campos guerrilleros situados en el distrito de Betong. Quinientos soldados y policías tailandeses, apoyados por cuatro unidades malasias, participaron en el ataque a los dos campos, uno de los cuales era el curtel general del 12.º Regimiento del PCM.

Pocos días más tarde se reunían en Bangkok altos oficiales tailandeses y malasios para elaborar una nueva táctica en la lucha anti-guerrillera y examinar el alcance del acuerdo de cooperación militar firmado entre los dos países pocas semanas antes.

Ataques a las bases norteamericanas

Además de hostigar a las tropas gubernamentales, uno de los principales objetivos de las guerrillas consistía en atacar a las bases norteamericanas instaladas en territorio tailandés. Después del asalto de julio de 1968 a la base de Udon —mencionado en el capítulo anterior— el 27 de julio de 1969 las guerrillas atacaban la base de Udon. A mediados de enero de 1970 se registraba en Udon el ataque de un fuerte comando comunista que perdía seis hombres antes de lograr huir a la selva. Cuatro días después se observaban en los alrededores nuevas concentraciones de guerrilleros fuertemente armados y vestidos con uniformes verdes de camuflaje que se desplazaban a menos de dos kilómetros de las pistas donde permanecían los «Phantom F-105» utilizados en Vietnam.

Agitación comunista

El 8 de julio de 1970, el primer ministro Kittikachorn revelaba a la prensa que los servicios de seguridad habían detenido a once personas que se disponían a emprender una amplia campaña de subversión a través del país. El jefe del grupo resultaba ser un rico co-

merciante tailandés, Prasert Iachwai, de cincuenta años y origen chino, que era miembro del Politburó del Partido Comunista clandestino. Había sido detenido, tras azarosa persecución, el día 3, y en su poder se encontraban documentos reveladores de proyectos de sabotaje contra instalaciones militares y edificios gubernamentales, así como armas y municiones. Iachwai afirmó que su organización contaba con 5.000 guerrilleros armados y otros 25.000 partidarios distribuidos en todo el país. Admitió que el Partido Comunista obtenía apoyo directo de la China Popular. Las autoridades se incautaron de 50.000 bath y barras de oro por valor de otros tres millones, al practicar un registro en su casa. El jefe de Policía señalaba que el PCT tenía depositados en varios bancos «muchos millones» para financiar las operaciones subversivas. El mismo día 8 se declaraba el estado de alerta en Bangkok y otros centros principales «debido a la tensión política que existe en el interior y en las fronteras del Reino».

Dos días más tarde, el Comité Central del PCT publicaba un comunicado, difundido en Hanoi, en el que pedía a sus «combatientes coordinar su acción en la lucha con la de los tres países de Indochina y de Asia que se entregan actualmente a una encarnizada ofensiva contra el imperialismo y sus agentes». Era la primera vez que el PCT proponía ligar sus operaciones a las de los movimientos indochinos de Liberación. Nadie podía dudar de que si conseguía ese propósito y se llegaba a una coordinación efectiva, la guerra de Indochina quedaría automáticamente extendida a Tailandia. El PCT, en el referido comunicado, pedía a sus combatientes reforzar la lucha contra el régimen de Bangkok «que se ha puesto al servicio de los americanos para extender la agresión a toda Indochina» y reprochaba a «la pandilla que se encuentra en el poder haber aumentado bruscamente los impuestos para financiar la agresión a Camboya, desequilibrando la economía y hundiendo al pueblo en la miseria».

Uno de los sectores en los cuales el PCT concentraba su mayor atención era el universitario. El 9 de septiembre unos cuatro mil estudiantes penetraban en los locales de la Asamblea para protestar «contra la corrupción que reina en la Universidad Chulalongkorn», la principal del país. Esta agitación estudiantil —que resultó decisiva para el cambio de régimen— se incrementaba constantemente merced a la acción de los agitadores comunistas y fue el motor principal que, años después, había de protagonizar las jornadas más dramáticas de la historia contemporánea de Tailandia.

Relaciones Bangkok-Washington

A pesar del evidente descompromiso americano, señalado por Nixon en Guam, las relaciones entre Bangkok y Washington no variaron de manera brusca, sino que se produjo un enfriamiento gradual. En contra de lo que afirmaba el PCT, Bangkok no era un «lacayo» de la superpotencia americana. Había sido su leal aliado cuando creyó que los Estados Unidos luchaban para contener el comunismo—que era el enemigo común—, pero supo guardar sus distancias cuando comprobó que Washington variaba, erróneamente, de conducta. A primeros de enero de 1970, el vicepresidente norteamericano, Agnew, visitaba Bangkok para conferenciar con el mariscal Kittikachorn. Al término de las conversaciones, el ministro de Asuntos Exteriores, Khoman, declaraba que «los Estados Unidos no cambiarán su política en Tailandia y en el sudeste asiático». Agnew confirmaba el deseo de su país de continuar suministrando armamentos a Tailandia «para ayudar a todo país que luche contra la amenaza comunista, hasta que pueda defenderse por sí mismo y mantener su libertad y su integridad». Durante las conversaciones, Bangkok insistía en la retirada, en el más breve plazo posible, del cuerpo expedicionario que luchaba en Vietnam.

A mediados de marzo, el mariscal Kittikachorn revelaba, en conferencia de prensa, que su Gobierno había pedido al de los Estados Unidos un aumento de la ayuda militar a consecuencia del avance comunista en Laos. «Por nuestra parte —agregaba— hemos adoptado todas las medidas defensivas necesarias para hacer frente a una creciente amenaza de infiltraciones comunistas y subversivas procedentes de Laos.» Cincuenta unidades móviles habían sido creadas en las regiones limítrofes de Laos, las tropas estacionadas en el norte y nordeste de Tailandia habían sido colocadas en estado de alerta y la marina reforzaba sus patrullas a lo largo del Mekong.

Realmente, los argumentos empleados por Bangkok en apoyo de una mayor ayuda militar resultaban convincentes: «Tailandia —había dicho el ministro de Asuntos Exteriores— debe recibir más ayuda que hasta ahora, puesto que ha ayudado al ciudadano norteamericano a pagar sus impuestos al autorizar a los Estados Unidos a utilizar bases aéreas en su territorio. Una expedición de "B-52", desde la isla de Guam costaba 40.000 dólares americanos, mientras que desde la base de Utapao no cuesta la quinta parte».

A mediados de junio Bangkok volvía a insistir para que Washington autorizase la repatriación de la división «Tigre Negro» que combatía

en Vietnam para emplearla contra los insurgentes comunistas tailandeses. A finales del siguiente mes de julio, el Gobierno tailandés decidía retirar las tropas—puramente simbólicas, puesto que sólo constaban de una compañía integrada en la VII División de Infantería americana—que tenía en Corea del Sur desde el final de aquella contienda.

Estos antecedentes permiten deducir que las autoridades de Bangkok estaban poniendo en práctica un distanciamiento gradual respecto a los Estados Unidos, sin brusqueadas, pero firme y resuelto. No obstante cometieron el error de la lentitud, lo que proporcionó argumentos a sus enemigos. Si Bangkok había sacado la conclusión, correcta desde todos los puntos de vista, de que los Estados Unidos se disponían a abandonar el sudeste de Asia, debieran haber impreso mayor celeridad al desenganche. La postura de Bangkok, en el aspecto militar, era expuesta nuevamente por el viceprimer ministro tailandés, general Praphas, durante su estancia de una semana en Honolulu, en agosto de 1970, por invitación del jefe de las fuerzas americanas del Pacífico, almirante McCain.

Un signo inequívoco de las nuevas orientaciones políticas que se imponía, si bien con timidez, el Gobierno de Bangkok puede hallarse el 25 de diciembre de 1970 cuando, después de tres años de negociaciones, Tailandia y la Unión Soviética firmaban un acuerdo comercial. El ministro de Asuntos Exteriores, Khoman, declaraba en el acto de la firma que «ya es hora de que Tailandia reanude sus antiguas relaciones con la URSS». Después del largo período de compromiso exclusivo con los Estados Unidos, la diplomacia tailandesa actuaba, aunque con excesiva cautela, para adaptarse a las nuevas circunstancias promovidas por la política asiática de Nixon. Se asistía a una política más flexible por parte de Bangkok y a un desenganche con respecto a Washington.

Otro indicio de ese cambio diplomático—harto nebuloso—que se estaba fraguando, puede hallarse en la reanudación de las negociaciones con Hanoi, en septiembre de 1970, para la repatriación de los vietnamitas refugiados en Tailandia.

Pero fue en el asunto de Camboya donde se reveló, con plena claridad, la independencia de criterios de Bangkok con respecto a los Estados Unidos. La penetración de tropas americanas en Camboya—decidida por el presidente Nixon—y la toma del poder por el Gobierno anticomunista de Lon Nol traía, como consecuencia inevitable, las presiones norteamericanas sobre Bangkok para que ayudase militar-

mente al nuevo régimen de Phnom-Penh. El 27 de mayo de 1970, el viceprimer ministro tailandés, general Praphas Charusathien se entrevistaba, en la capital camboyana, con Lon Nol y con el vicepresidente del Gobierno jmer, Sirik Matak. A las conversaciones asistía el jefe del Estado Mayor tailandés, lo que hacía suponer que se trataba de concretar las modalidades de una ayuda militar tai a Camboya. A finales de junio, el propio mariscal Kittikachorn declaraba que «si deseamos conservar la seguridad de nuestro país, debemos ayudar a Camboya y, si lo exige la situación, debemos atravesar la frontera». Se trataba de palabras, simples palabras, destinadas a calmar las exigencias del Pentágono porque esas declaraciones—que parecían presagiar una clara intervención militar—contrastaban con la prudente actitud que adoptaba, en la práctica, Bangkok, en vista de la confusa situación en el país vecino. El 10 de julio, cuando la situación permanecía incierta en la frontera tailando-camboyana, Kittikachorn afirmaba que los comunistas tenían la intención de invadir el distrito de Aranya-Prathet y la provincia de Sisakhet desde el territorio jmer. La aviación tai recibía orden de efectuar vuelos permanentes de reconocimiento sobre la zona fronteriza debido a «la amenaza comunista en esa región». No obstante, a pesar de la inhibición militar tai en el conflicto camboyano, Vietnam del Norte criticaba ásperamente, a finales de julio, «la entrada de tropas de agresión tailandesas en Camboya»⁵.

⁵ El Ministerio de Asuntos Extranjeros de la República Democrática de Vietnam publicaba la siguiente declaración a propósito de «la introducción de tropas de agresión tailandesas en Camboya»: «Ultimamente, por orden de los imperialistas americanos, las autoridades reaccionarias tailandesas han proporcionado grandes cantidades de armamento y de material de guerra al grupo Lon Nol-Sirik Matak. Han enviado a su aviación a bombardear el territorio de Camboya, donde tienen, bajo el disfraz de voluntarios, a soldados tailandeses de origen jmer para participar en la guerra de agresión contra ese país y han hecho ocupar por sus tropas regulares una parte de la provincia camboyana de Preah-Vihear. Actualmente, el grupo reaccionario Thanom-Praphas prepara activamente nuevas introducciones de tropas tailandesas en Camboya, acelera su colusión con los grupos Thi-u-Ky-Khiem y Lon Nol-Sirik Matak y los agentes americanos en Laos, para realizar la maniobra americana que trata de poner en pie una alianza militar que agrupe Saigón, Phnom-Penh, Bangkok y Vientian dirigida contra la lucha patriótica de los pueblos de esta parte del mundo. Es notorio que, desde hace varios años, el grupo reaccionario Thanom-Praphas, a sueldo de los Estados Unidos, ha intentado por todos los medios oponerse a la independencia, a la paz y a la neutralidad de Camboya. Ha mantenido a los traidores "jmers libres" y les ha construido bases en la región de Battambang para sus actividades subversivas en Camboya. Enviando impudicamente tropas para agredir a Camboya, ha lanzado alegatos calumniosos sobre la pretendida "amenaza de agresión" de Vietnam del Norte y del Vietcong contra Tailandia para camuflar sus actos de agresión... El pueblo vietnamita y el Gobierno de la República Democrática de Vietnam exigen que el grupo reaccionario Thanom-Praphas cese inmediatamente en sus actos de agresión armada contra Camboya y a sus maniobras para crear una alianza militar con los agentes americanos en Indochina. Si se obstina en aventuras militares al servicio de la guerra de agresión americana en esta parte del mundo no logrará más que avanzar en el camino de humillantes derrotas».

La realidad es que salvo algunas operaciones de bombardeo sobre las unidades comunistas que, al parecer, se efectuaron en contadas ocasiones, Bangkok se mantuvo bastante neutral, por lo menos en el aspecto militar, durante la guerra civil camboyana. La negativa de Tailandia a intervenir en el conflicto tomaba carácter oficial el 9 de septiembre de 1970, en que la hacía pública el ministro de Asuntos Exteriores en unas declaraciones al *Bangkok Post*. En ellas afirmaba que el Gobierno tai renunciaba a enviar tropas para ayudar al general Lon Nol y que tampoco mandaría voluntarios mientras que la situación militar no constituyese una amenaza directa para su país, «Tailandia —agregaba— proporciona a Camboya toda la ayuda posible, excepto tropas».

El Directorio Militar

El 17 de noviembre de 1971, el mariscal Thanom Kittikachorn —después de permanecer ocho años a la cabeza del Gobierno— concentraba todos los poderes en su mano para «hacer frente a un grave peligro exterior e interior». Declaraba que la amenaza de una alianza con los comunistas de los tres millones de chinos que residen en Tailandia constituía el principal motivo de su determinación «si los chinos se aliaran en gran número a la ideología comunista, la situación hubiera podido llegar a ser caótica». Se disolvía el Parlamento, se derogaba la Constitución y se nombraba un Directorio Militar del que formaban parte los principales jefes del ejército, la marina y la aviación. Un comunicado denunciaba no solamente el terrorismo que causó estragos en varias provincias, sino también la acción de «ciertos grupos» que —desde la adopción de una Constitución en 1968, y sobre todo desde las elecciones legislativas de 1969— «han abusado de sus derechos constitucionales y han incitado al público y a diversas instituciones a oponerse y a resistir al Gobierno, así como a los estudiantes a manifestarse y a los campesinos a declararse en huelga... Si el país fuera presa de la división, la confusión y la disensión, sería mucho más difícil resolver los problemas interiores y exteriores... Por ello es necesario tomar el poder para actuar con eficacia en el momento oportuno».

«Este golpe de Estado a la tailandesa —escribía Pomonti⁶— se ha desarrollado sin efusión de sangre, y hasta ahora no se han producido detenciones. A excepción de los antiguos parlamentarios de la oposición,

⁶ JEAN-CLAUDE POMONTI: *Le Monde*, 20 noviembre 1971.

que están bastante discretos, la opinión pública ha acogido los acontecimientos sin hostilidad. Incluso se ha manifestado cierta satisfacción en los medios de negocios, que se inquietan de la recesión económica, y más generalmente entre aquellos que desean una actitud más firme respecto al bandidismo. Además, el Parlamento elegido en febrero de 1969 nunca ha tenido buena prensa y sus debates sólo han suscitado un interés limitado. El mantenimiento del mariscal Thanom a la cabeza de los asuntos del Estado ha contribuido, sin duda, a atenuar la importancia del cambio. El jefe del nuevo partido revolucionario es un personaje que inspira seguridad y cuyo estilo paternalista correspondió bastante bien a la idea que se hacen los tailandeses de un gobernante.»

Dos días más tarde, el 19, el mariscal Kittikachorn declaraba a la Prensa que el Directorio Militar permanecería en el poder tres o cuatro meses y que el Partido Revolucionario nombraría un Gabinete que administraría el país. Agregaba que la carretera que la China Popular había construido a través del norte de Laos hasta el norte de Tailandia, en su frontera, estaba destinada por los chinos a ayudar a los guerrilleros comunistas que operaban en Tailandia.

A pesar de las esperanzas concebidas, la acción del Directorio Militar no resolvía ninguno de los grandes problemas que tenía planteados el país. El primero y más fundamental, la lucha guerrillera, proseguía sin indicios de agotamiento. Así, el 10 de enero de 1972 se producía un espectacular golpe de mano contra la base de Utapao—el cuarto ataque a una de las seis bases americanas—causando desperfectos a tres «B-52», dos de los cuales podían remontar el vuelo horas más tarde. Si el efecto material del ataque resultaba insignificante, su valor moral era considerable, ya que revelaba la disciplina y el arrojo de unas fuerzas perfectamente entrenadas. Sincronizado con el golpe de mano, la radio clandestina *La Voz del Pueblo de Tailandia* pedía a los militares que se sublevaran «volviendo sus fusiles contra las fuerzas reaccionarias de los Estados Unidos y de la pandilla Thanom-Praphas que ha vendido Tailandia al imperialismo americano para convertirlo en una base de agresión que ayuda a la matanza de la población laotiana». A la vista de estos antecedentes, el Gobierno de Bangkok se interrogaba, con evidente fundamento, sobre el alcance de una coordinación de actividades del PCT con las otras fuerzas revolucionarias indochinas. El PCT contaba, en aquellos momentos, con cuatro o cinco mil guerrilleros y se había comprobado que su armamento se había modernizado en los últimos meses, poseyendo morteros

de 60 y 82 milímetros. Los dos factores básicos que apoyaban la insurgencia comunista —la rebelión Meo en el Norte y el separatismo musulmán en el Sur— resultaban preocupantes, pero no habían adquirido las proporciones de una grave amenaza; si se llegaba a la coordinación revolucionaria entre las fuerzas tais con las de Indochina podría surgir una situación desesperada.

La repatriación a primeros de febrero de los soldados tailandeses enviados a Vietnam había de aportar una ayuda decisiva para combatir la guerrilla, puesto que se trataba de tropas experimentadas. El 7 de febrero se iniciaba una amplia ofensiva contra las fuerzas comunistas en el nordeste. Dos divisiones, protegidas por la aviación, emprendían el combate simultáneamente en las provincias de Pitsanulok, Petchabun y Loei. En dos meses de combate —a costa de unos treinta muertos— las tropas gubernamentales desalojaban al enemigo de posiciones de gran importancia estratégica y le ocasionaban elevado número de bajas.

A finales de marzo sólo quedaban en Vietnam doscientos soldados tailandeses.

Nueva Constitución

El rey Bhumibol promulgaba, el 15 de diciembre de 1972, una Constitución provisional que ponía fin al régimen militar y restablecía el parlamentario. La Constitución preveía la designación de una Asamblea nacional y la formación de un Gobierno que reemplazaría al Consejo Ejecutivo, formado en noviembre de 1971, después de la disolución del Parlamento por los militares. Los poderes del Gabinete serían muy extensos. El primer ministro podría impedir todas las actividades perjudiciales para la defensa y la seguridad del Reino, así como a la Monarquía, la economía y la salud del pueblo. La Asamblea constaría de 299 miembros cuyo mandato duraría cuatro años.

El mariscal Kittkachorn se convertía en primer ministro al quedar disuelto el Consejo Ejecutivo. Pero Kittkachorn, a pesar de su dilatada experiencia política, cometía el error de insistir en el mantenimiento de un régimen excesivamente autoritario sin detectar que, durante los últimos años, se habían fortalecido en el país las corrientes de opinión que reclamaban una mayor apertura democrática. Estas fuerzas de oposición se concentraban, especialmente, entre las masas estudiantiles que rehusaban el mando militar y que consideraban el fin de la guerra vietnamita y la derrota americana en Indochina como el

momento apropiado para exponer sus reivindicaciones. Las huelgas universitarias y los brotes subversivos culminaban, el 22 de junio de 1973, con una impresionante manifestación de varios millares de estudiantes que recorrían las calles de Bangkok en actitud hostil y que ocupaban el monumento a la Democracia, alzado en el centro de la ciudad.

Las autoridades llegaban a un acuerdo con los revoltosos, que se retiraban sin incidentes después de obtener la promesa de que serían liberados nueve estudiantes expulsados de la Universidad, que sería formado expediente al rector de la misma y que sería investigado el ataque que se había producido contra dos alumnos del mismo centro docente.

Tales concesiones revelaban debilidad. Si resultaban imprescindibles las reformas, éstas debían haber sido propugnadas y ejecutadas por iniciativa gubernamental sin esperar a exigencias de la masa. Al no haber actuado de tal forma, Kittikachorn había cometido un error que se agravaba al aceptar, pasivamente, unas reivindicaciones expresadas de forma airada por la multitud. Después del pacto del 22 de junio quedaba fuera de dudas que la fuerza estaba en la calle.

Los militares que permanecían en el poder durante quince años demostraban insospechada negligencia en asuntos vitales. Así, no habían previsto la falta de arroz, lo que promovía un fuerte descontento a escala nacional. Tampoco habían actuado con firmeza para lograr la completa evacuación de las bases americanas, puesto que todavía las guarnecían 45.000 soldados, que era un asunto que excitaba a las masas estudiantiles que rehusaban la presencia de los Estados Unidos en el territorio nacional.

Caida de Kittikachorn

El 13 de octubre de 1973, 100.000 estudiantes y un número equivalente de curiosos se reunían en Bangkok ante el monumento a la Democracia. Esta manifestación, la más importante que jamás contemplara el país, tenía por objeto reclamar una nueva Constitución y la puesta en libertad, sin condiciones, de trece personas que habían sido liberadas bajo fianza. No eran motivos sólidos, sino más bien pretextos que empleaban los estudiantes para demostrar su poder, estimulados por su éxito en el pasado mes de junio. La manifestación resultaba más injustificada aún puesto que el 11 de octubre el viceprimer ministro Praphass ya había prometido a los estudiantes la promulgación de una Constitución en el plazo de veinte meses reduciendo sustan-

cialmente, a su petición, el plazo de tres años que había fijado, primeramente, el Gobierno. Ahora, cuarenta y ocho horas más tarde, las masas estudiantiles exigían que el plazo se acortara a seis meses. Se trataba, por lo tanto, de una demostración de fuerza. Los doce dirigentes universitarios—encarcelados el 6 de octubre por distribuir pasquines en la vía pública— y el diputado populista Kaisaeng habían sido puestos en libertad bajo fianza. Pero, ahora, la multitud exigía que el Gobierno retirase los cargos contra ellos. La finalidad era dejar en ridículo al Gabinete y consolidar ante el país la imagen de unas autoridades atemorizadas ante el empuje de las masas universitarias. En este clima de desconcierto, el príncipe Kukrit Pramoj, editor y propietario del diario *Siam Rath* sugería la dimisión del Gobierno.

La multitud concentrada ante el monumento no cesaba de aumentar y se calculaba que, en la tarde del día 13 alcanzaba ya alrededor de las trescientas mil personas. El Gobierno claudicó nuevamente: prometió retirar las acusaciones contra los trece encausados y promulgar la Constitución en el plazo de un año. La mayoría de los manifestantes—al conocer la decisión gubernamental—comenzó a retirarse, una vez logrados, con creces, sus objetivos.

Pero este desenlace defraudaba a los agitadores que habían intervenido en el acto. Para ellos, la verdadera finalidad consistía en provocar el enfrentamiento con las fuerzas de seguridad, que habían asistido en actitud pasiva, cumpliendo las órdenes recibidas, al desarrollo de este acto. Los agitadores, especialmente estudiantes comunistas, agazapados entre la multitud se transformaron en oradores y arengaron a las masas para que no se disolvieran mientras que el Gobierno no prometiese promulgar una Constitución antes de fin de año. Se trataba de una petición absurda puesto que ¿cómo se iba a redactar una verdadera Constitución en dos meses? Precisamente se trataba de que al no lograr, por imposible, tal demanda se justificara el tumulto. Es lo que ocurrió. A las dos de la madrugada del 14 de octubre, después de haber sido recibida, por segunda vez, una Comisión por el rey, los principales líderes exhortaron a la multitud a que se dispersase en orden, pero los agitadores lograron convencer a varios millares a que permaneciesen en la plaza. El Centro Nacional Estudiantil de Tailandia, que había organizado la manifestación—sin contar con el peligro de que las masas se desmandasen—, denunciaba a los disidentes⁷, pero éstos conseguían que les secundasen algunos mi-

⁷ Thirayuth Boonmée, ex-secretario general de dicha Organización—que era uno de los 13 detenidos puestos en libertad—acusaba de «rebelde», «traidor» y «comunista» a Saeksan Prasertkul, el más activo de los agitadores que desencadenó la violencia.

llares de revoltosos y comenzaron el asalto y saqueo de los edificios públicos. La tragedia se había consumado.

Un grupo de exaltados avanzó sobre el palacio real apedreando a los soldados de la guardia; otro grupo marchó sobre la sede de la policía; un tercero intentaba asaltar el Ministerio de Relaciones Públicas. Allí se producían los primeros disparos que pronto se generalizaron en un intenso fuego. Las bandas rebeldes incendiaban y saqueaban. Destruían la sede de la policía y daban muerte a muchos agentes del orden. Los estudiantes, armados muchos de ellos con metralletas, incendiaban varios edificios, entre ellos la Comisaría de Policía del barrio Sukhumvit. Otros grupos se atrincheraron en una vieja pagoda y disparaban contra las fuerzas de seguridad utilizando, inclusive, cañones antitanques. La policía, con blindados y helicópteros, libraba una verdadera batalla contra unos grupos evidentemente entrenados en la guerra subversiva que no podían, en modo alguno, confundirse con unas masas accidentalmente abocadas a la revuelta.

El balance del combate resultaba desolador: centenares de muertos y miles de heridos por ambas partes. La locura, bien organizada, había conseguido su verdadero objetivo: el rey anunciaba, el 15 de octubre, que aceptaba la dimisión del mariscal Kittikachorn y que nombraba primer ministro a Sanya, rector de la Universidad Thammasat, para que organizase elecciones y promulgase una Constitución en el plazo de seis meses.

Kittikachorn, Praphas y otros dirigentes militares abandonaban el país. Sanya formaba Gobierno el 16 de octubre. Pronto comenzaba una nueva orientación de la política exterior. El viceministro de Asuntos Exteriores, general Choonhavan, llegaba a Pekín el 21 de diciembre para permanecer nueve días en visita oficial. Aunque el motivo principal consistía en que la China vendiese a Tailandia 50.000 toneladas de petróleo, las entrevistas desbordaban ese tema. Parecía, más bien, una visita de exploración de las posiciones mutuas. Mientras tanto, la guerrilla seguía devastando el país; el 4 de noviembre morían 27 soldados y otros 10 resultaban heridos en una emboscada de los guerrilleros comunistas en el NE, en la provincia de Khalasin. El drama de Tailandia no había terminado con la sustitución del régimen militar.

JULIO COLA ALBERICH

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
5708 S. UNIVERSITY AVENUE
CHICAGO, ILLINOIS 60637
TEL: (773) 837-3800
FAX: (773) 837-3800
WWW: WWW.CHEM.UCHICAGO.EDU

CHICAGO, ILLINOIS

N O T A S

